

LA VOCACIÓN PROFESIONAL

Autor: Victoriano Garza Almanza



¿Cómo eligen sus carreras profesionales los estudiantes universitarios? Cada vez son más los jóvenes que seleccionan sus carreras universitarias bajo la influencia del esplendor de modas pasajeras o por las demandas temporales del mercado, y no por el llamado de la vocación.

Son miles los jóvenes que en México terminan la preparatoria cada año, sin que tengan la menor idea de si proseguirán a los estudios universitarios o no, ni que estudiarán si ingresan a la universidad. Algunos de ellos comienzan sus cursos profesionales sin saber que era realmente lo que querían, otros van de una a otra carrera sin encontrarse y, si logran terminar, concluyen la profesión que menos pensaban.



Hay quienes eligen carrera por tanteo: cualquier cosa que no tenga matemáticas, o lo que sea pero que no lleve biología ni química. Otros optan por la decisión de terceros: me inscribí en esta carrera porque me la recomendaron. Unos más lo hacen para entender mejor el negocio y manejar con mayor propiedad la empresa familiar –como el que estudia farmacología porque su papá tiene farmacia, o agronomía porque posee un rancho–. La oferta de trabajo en algunas ramas, como la industria de transformación en Monterrey o la maquiladora en Juárez o la pesca en Mazatlán, también juega un papel importante en lo que otros jóvenes decidirán estudiar.



Elegir por moda o por las fuentes de trabajo que nos rodean es riesgoso; la moda tiende a desaparecer en poco tiempo y los centros de trabajo –principalmente las fuentes no nacionales, como hemos visto suceder con la industria maquiladora en la frontera– pueden cerrar o emigrar.



A finales del siglo XIX, la carrera de telegrafista era una de las más apreciadas en Europa. Todo joven emprendedor quería ser telegrafista; abrieron escuelas por donde quiera y en seguida el mercado se inundó de ellos. Posteriormente, debido al mejoramiento de la comunicación telefónica y surgimiento de la radio, el telégrafo se volvió obsoleto, por lo que en pocos años miles de telegrafistas se quedaron sin empleo.

Elegir una carrera por vocación no significa que el joven quedará libre de riesgos; sin embargo, por esa preferencia especial que tiene por la carrera seleccionada, podrá encontrar vías de salida que le permitan continuar adelante.



Con el tiempo he visto que la vocación, que es una actitud subjetiva que nace del gusto íntimo y el interés por ciertas cosas, que produce personas comprometidas física y moralmente con sus profesiones y con la sociedad, ha sido sustituida por una objetividad utilitarista y convenenciera que (des)orienta a los jóvenes a estudiar aquello que les permita mejorar rápidamente su nivel de vida personal.



La vocación es un descubrimiento que el niño o el joven hace sobre algo del mundo que le rodea y que le motivará por el resto de su vida, y es a la vez el (auto) descubrimiento que de sí mismo hace en un proceso permanente de indagación sobre eso que le inspira y apasiona.



A veces es la propia habilidad del joven –para el dibujo, las matemáticas o la música–, la que le permite encontrar su vocación. Otras veces la halla en su contacto con la naturaleza o a través de personas cuyo ejemplo invita a seguirlo o por visitar un museo u otro sitio de interés. Pero también, muchos jóvenes averiguaron o reafirmaron sus vocaciones por la lectura.



Uno de los libros de mayor efecto vocacional, que hasta científicos premiados con el Nóbel de Medicina y Fisiología reconocieron su influencia, es el de Paul de Kruif, Cazadores de Microbios. Consiste en doce historias verdaderas, contadas como largos cuentos, que en conjunto son la novela de la bacteriología científica desde el siglo XVII hasta principios del siglo XX. Esta obra fue publicada hace 81 años, en 1926. Su impacto, desde la primera vez que apareció hasta la actualidad, ha sido contundente en la mente de miles de niños y jóvenes lectores. Es por eso que, en ciencia, Cazadores de microbios es considerada como una de las diez obras no especializadas más importantes del siglo XX.



Existen otros libros que han tenido esa particularidad, la de entusiasmar a sus lectores y despertar en ellos la curiosidad por emprender el camino de la ciencia. Tal es el caso de *La vida de Madame Curie*, de Eva Curie; *El arca sobrecargada*, de Gerald Durrell; los montones de novelas de aventuras de Julio Verne; la ciencia ficción de Sturgeon, Asimov, Bradbury, Clark, etc. Muchos son casos de ciencia contados como historias amenas o aventuras, pero el valor está en la manera en cómo fueron contadas y, principalmente, en su contenido.

Existe una característica profundamente distintiva entre el que hace las cosas por vocación y el desapasionado que sólo las hace por mero reflejo: el primero es un ser reflexivo en su microcampo de estudio que le cautiva o en el infinito universo que le embelesa; el segundo, como escribió Ramón Gómez de la Serna, "cómodamente se toma la libertad de no pensar, cada vez tiene menos pensamiento. No sólo es que no se llena de pensamiento, sino que se vacía...".

Juan José Arreola, en su libro *La palabra educación*, lo pone así: "La vocación sería aquello que debemos hacer, porque si no lo hacemos, sería imposible seguir viviendo".

<http://www2.uacj.mx/IIT/CULCYT/Enero-Febrero2007/10COLUMNNA2.PDF>